

LA DESASTROSA CONDICIÓN SOCIAL

LA OPULENCIA FRENTE A FRENTE DE LA MISERIA

Conferencia leída el sábado 22 de Mayo último en el salón de St. James, y publicada por la revista de Londres *The Christian Commonwealth* (*La República Cristiana*).

Voy a ocuparme esta noche de una cuestión que rara vez se ha tratado en las publicaciones teosóficas. Regla muy excelsa del teosofista es la de investigar acerca de los problemas relativos a las causas, mas bien que aquellos otros que se refieren a los efectos, y aún dentro del estudio de estos mismos, su actividad se enfoca hacia la supresión de las causas de la miseria humana, mas bien que a combatir sintomáticamente y unas tras otras las formas diversas del proteo de aquella miseria. Merced a este sabio sistema, suele considerársele vulgarmente como poco práctico, con notoria ligereza o abuso de palabras, ya que es harto más racional y expedito desarraigar de cuajo las hierbas ponzoñosas que limitarse a cortar sus ramas, dejando en el suelo las raíces para que retoñen en la primavera siguiente. Calificar, pues, de poco práctica semejante marcha, equivale a pretender que deben ser llevados los hombres de ciencia y los pedagogos a los campos de batalla, en lugar de dejarlos respetuosamente que se consagren a la nobilísima tarea de educar a los pueblos camino de nobles vivires que elevan a las Razas y de ideales de paz que hagan cada vez mas raros y difíciles los conflictos bélicos entre los pueblos, sometiéndolos a los arbitrajes, mucho mas humanos y prácticos.

Mi tarea de hoy se orientará en el mismo sentido, y aunque voy a hablaros de los tristísimos efectos de la miseria, mi propósito vuela harto más alto: al estudio de las causas de la miseria misma y de las radicales reformas que es indispensable introducir para alzar los cimientos de una más noble y más augusta civilización. La primera parte del trabajo es, desde luego, el removido de los obstáculos que se atraviesan a lo largo del camino hacia aquellos ideales, envolviendo a los desvalidos en el desolador ambiente en que han yacido hasta aquí.

No os figuréis ni por un momento que con tales propósitos me aparto del pensamiento ni del ejemplo de aquella mujer maravillosa e incomprensida a quien debo cuanto pueda haber de mejor y mas maravillosa en mi vida, de aquella H. P. Blavatsky, tan extraordinaria, que en su *Clave de la Teosofía*, leída por todos los estudiantes, se ocupa en términos tan patéticos respecto del misérrimo barrio East End, de Londres, y hace fervientes votos para que semejante estado de cosas llegue pronto a desaparecer. Y no se diga tampoco que se limitó a platónicas conmisericordias respecto del particular, que harto elocuentemente hablan respecto de sus propias ideas sus propios hechos, algunos de los cuales me permitiré hoy recordar.

Cierto día en que yo había hablado respecto a los infelices ciegos que visitaba diariamente como miembro de una Escuela-Asilo de Londres, me encontré con un volante lacónico suyo, en el que me decía: "Usted sabe demasiado bien cuán pobre soy. Llevad, sin embargo, este pequeño recuerdo a las desventuradas criaturas de que me habló ayer para que puedan comprar panecillos" Al volante acompañaban dos libras esterlinas.

La vivísima simpatía de H. P. Blavatsky hacia todos los sufrimientos humanos se demuestra elocuentemente en un hecho suyo, que puede constituir un alto ejemplo para cualquiera. Cierta vez en que ella iba a embarcar para América, contando con el dinero estrictamente necesario para el pasaje, tropezó en el muelle con una infeliz mujer, afligidísima, abandonada de todos y rodeada de varios pequeñuelos. Moviada a conmiseración ante sus lágrimas, le preguntó por qué lloraba, a lo que la cuitada respondió que había sido engañada por cierto fingido agente, quien la había estafado vendiéndole falsos billetes de pasaje, por lo que se veía imposibilitada de embarcarse para América a reunirse con su marido. H. P. Blavatsky nada dijo; pero se fue de inmediato al despacho de billetes, donde pudo lograr se le cambiase su billete de primera clase por billetes de emigrantes para ella, para la mujer y para los pequeñuelos, y hubo de realizar resignada su viaje en la cámara común de un transatlántico de línea, dejando proclamada con su ejemplo nobilísimo la fraternidad universal de todos los hombres que proclamase en sus doctrinas.

Dejando esto a un lado, os diré tan solo algo respecto al pavoroso problema de la miseria, cuyos tristes casos pueden presentarse por millares clamando por el remedio para tantos y tantos dolores; pero demasiado se os alcanza que si cada pobre es socorrido una y otra vez, el problema es interminable, y que hay que ir directamente mas hacia él combatiendo las causas que a remediar unos tras otros los efectos.

Tendamos una ojeada general en torno de esta grandiosa civilización, y detengámonos a considerar lo que he llamado el desastroso estado social de nuestros días. Recordemos, ante todo, cual fue el ambiente sociológico en que se desarrollaron las grandes civilizaciones del pasado y el que luego determinara su completa ruina por causa de ese enorme, de ese cruel contraste entre la opulencia y la miseria, ya que todo cuanto haya podido acaecer en el pasado, al repetirse las mismas causas ocasionales, puede probablemente tornar a suceder en nuestros días.

No fue más fuerte más sólida e incommovible en modo alguno nuestra civilización actual, que lo fueron las colosales civilizaciones de Roma, Asiria o Egipto. Es más, en la propia civilización egipcia se plantearon multitud de cuestiones que surgen hoy también al cabo de los siglos, moviendo a dudar muy seriamente de si sobre tales particulares hemos llegado a progresar en el verdadero sentido de la palabra.

En multitud de inscripciones y esculturas sacadas a luz por los arqueólogos encontraremos edictos relativos a los salarios del pueblo obrero. En ellos se recomienda con especial interés que se les halague, que no se les degrade ni maltrate, y a estos que no rehúsen el trabajar por descontentos que puedan estar en su retribución. En otras inscripciones se consignan otras cosas más, por donde venimos en cuenta de la existencia en el viejo Egipto de crisis y problemas que hoy calificaríamos de huelga obrera. En una palabra, las cuestiones de esta índole deben ser casi tan antiguas como el mundo, sin que los pueblos hayan acertado a resolverlas todavía, razón por la cual llamo hoy la atención sobre ellas con la esperanza de que la naciente civilización pueda llegar a solucionarlas.

Triste espectáculo nos muestra lo que hemos dado en llamar clases desheredadas, y que son, entre nosotros, más de la undécima parte de la población, tanto por ciento hartamente terrible si os paráis a considerarlo atentamente. Cuando entre las filas de un ejército regular sobreviene una sublevación o un motín, suelen ser condenados sus promovedores, como es sabido, a la pena de ser diezmados. En cada pelotón son numerados los soldados, y uno de cada diez es condenado a ser pasado por las armas, mientras que los demás quedan libres. Tal es el símil de nuestra condición actual. De cada diez seres humanos, uno está señalado por el

triste destino de la raza y condenado por la fatalidad de nuestro actual estado social a todas las horribles miserias de una vida de inopia cruelísima. En la India aún es mayor la proporción de seres desvalidos o desheredados del Destino, por cuanto su número alcanza a la sexta parte de la población del país; mas en otro orden de consideraciones, su estado no es tan desolador como el de sus congéneres de acá, y debe su situación moral relativamente más tolerable a su convicción profunda, relativa a un pasado de culpas propias que le han traído por justa retribución del Destino al desastroso estado en que hoy yace sumergido, consideración que es, sin duda, un bálsamo de consuelo en medio de sus amarguras presentes, pues le permite esperar mejores días en lo futuro.

Merced a tan sabios principios, tradicionalmente inculcados en su pensamiento, en lugar de sentirse empujados de un modo ciego hacia la desesperación y la sed de venganza contra los demás, les hace lamentarse a si mismos y resignarse con la esperanza de cierta de un nacimiento ulterior en condiciones más felices y menos desfavorables, cobrando, entre tanto, fuerzas internas para luchar con menos desventajas contra las duras condiciones actuales de su ambiente sociológico. Es innegable, por tanto, que su pobreza no es tan horrible como la de nuestros europeos.

Con frecuencia se lamentan en patéticos tonos los resultados crueles de las hambres que suelen arrebatarse por millares las vidas de los desheredados en la India; pero, bien considerando, ¿no es, en realidad, más tremenda la continua condición de agónico abandono en la que yacen nuestros miserables? Los registros y estadísticas generales del movimiento de nuestra población acostumbran a consignar en sus libros, al expresar la causa de no pocos óbitos de gente desheredada, la consabida muletilla de “muerto por inanición”, que acaso resulte algo duro para la hipócrita gazmoñería imperante, pero que es muy cierta si ahondáis en la investigación de las causas verdaderas de aquellas defunciones. La triste y hambrienta costurera que acaba de morir, y cuya muerte es llevada a las estadísticas como víctima de neumonía, bronquitis o enfriamiento, no ha muerto, no, de estas enfermedades comunes, meramente circunstanciales e intercurrentes, sino que su pérdida, a lo mejor, se ha debido a verdadera “muerte por inanición” o por hambre, porque al regresar de su durísimo y largo trabajo, extenuada y enhambrecida, no tuvo nada de extraño que su cuerpecillo, desnitrado y mal cubierto por miserable abrigo, haya sido segado en flor por el helado cierzo... ¡Cuán enorme e ignorada mortalidad no se determina por tales abandonos! Su número y sus circunstancias aterran, como brevemente os voy a demostrar.

Para esto no tengo que inventar nada ni esforzarme demasiado. Me basta a mi intento el tomar al azar algunos casos relatados en los periódicos durante la última semana. Si mi propia experiencia del pasado no me lo hubiese enseñado hace ya tiempo, hartos me lo enseñarían ellos por si mismos. Tal es el caso de cierta infeliz mujer que, según leo, trabaja en el ribeteado y ojalado de esas prendas de ropa interior que tan baratísimas adquirimos luego en los comercios. Semejante cuitada venía a ribetear y coser, según la cuenta,

47.000 ojales y botones por 1 chelín y 2 ½ peniques (1),

o sea a unos tres céntimos el ciento. Pasma verdaderamente el cómo semejante mujer puede valerse para ello. Sin duda que precisará el ayudarse de sus niños; pero entonces, ¿qué tiempo han podido tener éstos para su aseo, su descanso y para ir a la escuela, dado el principio imperante de la instrucción obligatoria? Y no contemos, como parece lógico, con ese otro tiempo que ellos deberían haber consagrado a otros asuntos inevitables, tales como salidas y vueltas al colegio, idas y vueltas para proveerse de labor en el establecimiento, sin contar con aquel otro

tiempo necesario emplear en juegos y esparcimientos que robustezcan sus pequeños cuerpos y gastado hora tras hora en la labor de la aguja por la cual ha de recibir la madre su misérrimo salario.

Os es conocido también aquel otro caso de otra mujer que llega a confeccionar a chelín la docena de camisas para caballero, y aunque tenemos motivos mas que suficientes para maravillarnos de semejante baratura, todavía hay que añadir, por desgracia, que existe quien llega a confeccionar dichas camisas a ocho peniques la docena (2), acosada por la miseria.

Unos a otros se suceden a diario semejantes casos y tamañas desventuras; pero me he limitado por hoy a estos dos casos históricos, cuya noticia he recortado de la prensa para el actual trabajo en *The Christian Commonwealth*, y todavía he podido tropezar con otro caso de la misma índole, a saber: el de otra costurera en ropa blanca que confeccionaba cuellos postizos para camisas de caballero a razón de cinco peniques (3) la docena, y ¡aún tenía obligación de poner de su cuenta todo el hilo empleado! Dicho caso ha sido señalado como típico de todo un estado social por la Comisión Regia Informadora. Hemos tenido ocasión de leer el apuntamiento o Memoria informadora sobre tales hechos; pero lo que no sé es hasta qué punto se ha procurado poner algún remedio a tal estado de cosas que nos deshonra. Interrogada aquella desventurada por un miembro del parlamento acerca de cómo podía mantenerse con semejantes rendimientos ella y su familia, hubo de contestar humildemente: ¡por milagro no más, señor! Y así era verdad, porque para lograr lo que obtenía la era preciso trabajar con demasiada frecuencia hasta veinte horas por día, desde las seis de la mañana hasta las dos de la madrugada del día siguiente, si quería obtener lo meramente indispensable para su sustento y el de sus criaturas.

Podría quizá emplear cuatro horas presentándoos hechos tras hechos como éstos; pero me he contentado con los más típicos para que podáis apreciar por vosotros mismos el contraste horrible entre la condición en que tales seres agonizan, comparada con lo confortable de vuestra vida y pasemos a abordar en términos generales un problema tan vital y complejo.

Annie Besant.
(Traducción de M. Roso de Luna)

- (1) Equivalentes próximamente a una peseta y 50 céntimos en nuestra moneda.
- (2) Equivalentes a 80 céntimos de peseta.
- (3) O sean 50 céntimos de peseta.